

XII.

El entusiasmo de su éxito se apoderó de él, y durmió con pena la noche siguiente. Durante su sueño turbado é imperfecto soñó; este sueño le refirió él mismo despues á sus amigos. Este sueño era tan profético y tan semejante á la verdad, que se duda, leyéndole, si era el presentimiento reflexivo de un sabio despierto, ó el sueño febril de un artesano dormido.

Hé aquí la relacion ó la leyenda de este sueño tal como se ha conservado en la biblioteca del consejero adúico Beck.

«En una celda del claustro de Arbogasto, un hombre de frente pálida, de barba crecida, de mirada fija, se hallaba delante de una mesa, apoyando la cabeza contra su mano; este hombre se llamaba Juan Gutenberg. Algunas veces levantaba la cabeza, y sus ojos brillaban como iluminados por una claridad interior. En estos instantes Juan pasaba sus dedos por su barba, con un movimiento rápido de alegría. El ermitaño de la celda buscaba un problema, cuya resolución no encontraba. De repente se levanta Gutenberg, y sale un grito sordo de su pecho; era como el desahogo de un pensamiento largo tiempo comprimido. Corre Juan hacia un baul y saca de él un instrumento cortante; luego se pone á cortar un pedazo de madera; en todos estos movimientos manifestaba alegría y ansiedad, como si temiera ver fugarse su idea, diamante que habia encontrado y que queria fijar y tallar para la posteridad. Juan tallaba rudamente y con una actividad febril; su frente se cubria de gotas de sudor, en tanto que sus ojos seguian con ardor el progreso de su trabajo. De este modo trabajó mucho tiempo, pero este tiempo le pareció corto. En fin, empapa la madera en un licor negruzco, la pone sobre un pergamino, y lanzando todo el peso de su cuerpo sobre su mano, se sirve de él como de una prensa é imprime la primera letra que habia tallado en relieve. Contempla su obra, y un segundo grito lleno del éxtasis del genio satisfecho se exhala de su boca. Cierra los ojos con un aire de beatitud tal como los santos del paraiso, y cae de rodillas: sentóse luego, y cuando el sueño se hubo apoderado de él, murmuraba: «Soy inmortal.»

En onces tuvo un sueño que turbó su alma.

«Oigo dos voces, dice, dos voces desconocidas y de un timbre diferente, que me hablaban alternativamente en el alma. Una me dice: «Regocíjate, Juan; ¡eres inmortal! Desde hoy toda la luz se propagará por tí en el mundo! Los pueblos que viven á millares de leguas de tí, estraños á los pensamientos de nuestro país, leerán y comprenderán todos los pensamientos esparcidos y multiplicados como la reverberacion del fuego, por tí, por tu obral

«¡Regocíjate, Juan, tú eres inmortal: tú eres el intérprete que esperaban las naciones para conversar entre sí! Tú eres inmortal, pues tu descubrimiento va á dar la vida perpétua á los genios que morirían sin tí, y que todos por reconocimiento proclamarán á su vez la inmortalidad de aquel que los immortaliza!»

«La voz se calló y me dejó en el delirio de la gloria.

«Oí la otra voz que me dijo: «Si, Juan, ¡tú eres inmortal! pero ¿á qué precio? El pensamiento de tus semejantes, ¿es siempre bastante puro y bastante santo para que merezca ser entregado á los oídos y á los ojos del género humano? ¿No hay muchos, y acaso el mayor número, que merecerían mil veces ser convertidos en la nada, que respetados y multiplicados en el mundo?»

«El hombre es mas bien perverso que sabio y bueno, profanará el bien que le haces, y abusará del nuevo sentido que le creas! Durante un siglo, en vez de bendecirte te maldecirán!

«Nacerán hombres cuyo talento será poderoso y seductor, pero cuyo corazón será soberbio y corrompido; sin tí, hubieran quedado oscurecidos; encerrados en un círculo estrecho no hubieran hecho desgraciados sino á los mas cercanos y á sus contemporáneos, por tí, llevarán el vértigo, la desgracia y el crimen á todos los hombres de todas las edades!»

«¡Vé á esos millares de almas corrompidas con la corrupcion de una sola! Mira á esos jóvenes pervertidos por libros cuyas páginas derraman el veneno en el espíritu!

«Mira á esas jóvenes imodestas, infieles y duras para los pobres, porque leyeron esos libros que derraman la maldad en sus corazones.»

«Ved á esas madres llorando á sus hijos. Ved á esos padres avergonzándose de sus hijas.»

«Juan, una inmortalidad que cuesta tantas lágrimas y angustia, ¿no es demasiado cara! ¿Envidias la gloria á ese precio? ¿No te espanta la responsabilidad que esta gloria hará pesarse sobre tu alma?»

«Créeme, Juan, vive como si nada hubieras descubierto! Mira tu invencion como un sueño seductor, pero funesto, cuya ejecucion sería útil y santa si el hombre fuera bueno! Pero el hombre es malo! y prestar armas á los malvados, ¿no es tomar parte en sus crímenes?»

«Yo me desperté horrorizado y dudoso; ¡tubé un instante; pero consideré que los dones de Dios, aunque algunas veces fuesen peligrosos, no eran nunca malos, y que dar un instrumento mas á la razon y á la noble libertad humana, era dar un campo mas vasto á la inteligencia y á la verdad, ambas divinas.»

«Yo proseguí la ejecución de mi descubrimiento.»
(Sueño traducido por Mr. Garaud, en Estrasburgo, segun el original.)

XIII.

Gutenberg, abrazando en seguida con una mirada, la inmensa moral de su invencion, sintió que su débil mano, su corta vida y su módica fortuna se usarian en vano en semejante obra. Experimentaba á un mismo tiempo dos necesidades contradictorias: la necesidad de asociar auxiliares á sus pensamientos y á sus trabajos mecánicos, y la necesidad de ocultar á sus asociados el secreto y el verdadero objeto de sus trabajos, temiendo que su invencion divulgada ó usurpada le quitase la gloria y el mérito de su invencion. Puso la vista en los nobles y ricos patricios que conocía en Estrasburgo y en Maguncia. Pero verdaderamente rechazado por todos á causa de la preocupacion de la nobleza, acerca de ejercer trabajos mecánicos, porque no le era permitido al noble ser artesano sin rebajarse, se vió obligado á rebajarse él mismo atrevidamente, haciéndose artesano, asociándose á los artesanos, confundiendo con el pueblo, para elevar á este mismo pueblo al nivel de la moral y de la inteligencia.

Bajo pretexto de trabajar en común en obras de maravillosa y nueva industria, como la bisutería, la relojería, el encaje de piedras preciosas, celebró un tratado de asociacion con dos habitantes acomodados de Estrasburgo, Andrés Dritzehen y Juan Riffe, y mas tarde, con Fausto, platero y banquero de Maguncia. cuyo nombre, confundido con el de Fausto, hechicero popular de Alemania, familiar de los misterios y confidente de los espíritus, hizo atribuir la invencion de la imprenta á la magia; en fin, con Heilmann, cuyo hermano acababa, de establecer la primera fábrica de papel, en Estrasburgo.

XIV.

A fin de engañar mas largo tiempo á sus asociados, sobre el objeto real de la empresa, Gutenberg, se entregó en efecto, con ellos, á muchas industrias artísticas y secundarias. Continuando en secreto sus indagaciones mecánicas para la imprenta, trabajaba al mismo tiempo en público en estos oficios. Aprendía el arte de tallar las piedras preciosas, él mismo pulía el cristal de Venecia para hacer espejos; los ponía en marcos de cobre, que enriquecía

con figuras de madera representando personajes de la fábula, de la Biblia ó del Evangelio. Estos espejos que se vendían en la feria de Aquisgran, alimentaban los fondos de la asociacion y ayudaban á Gutenberg á los gastos secretos destinados á cumplir y á perfeccionar su invencion.

Para ocultarla mejor á la inquieta curiosidad del público, que comenzaba á murmurar sospechas de brujería contra él, Gutenberg salió de la ciudad; estableció sus talleres en las ruinas de un antiguo monasterio abandonado, que se llamaba el convento de San Arbogasto. La soledad del sitio, que no era habitado mas que por los indigentes de las cercanías, cubrió sus primeros ensayos.

En el fondo de los vastos claustros del monasterio, entregado á sus asociados para sus trabajos menos ocultos, Gutenberg se habia reservado una celda siempre cerrada con llave y cerrojos, donde ninguno penetraba nunca; allí dibujaba los planos, los arabescos, las figuras de bisutería y sus cuadros de cristal; pero pasaba sus días y sus noches en perpétuo insomnio y lleno de ardor para la aplicacion de su descubrimiento. Tallaba en madera sus letras móviles; meditaba fundirlas en metal, y buscaba laboriosamente el medio de darles su forma ora en madera, ora en hierro, para hacer palabras, frases, líneas ó páginas espaseadas sobre el papel. Inventaba betunes de colores, á la vez aceites y secos para producir estos caracteres; brnzas para esparcir esta tinta sobre los caracteres, planchas que los contuvieran, y objetos de peso para comprimirlos. Los meses y los años trascurrían y se consumían con su fortuna y con los fondos de sus asociados, en estas paciencias, en estas pruebas, y en estos éxitos y reveses.

En fin, habiendo ejecutado en miniatura una prensa que le pareció reunir todas las condiciones de la imprenta, tal como la concebía entonces, escondió este modelo debajo de su capa, y entrando en la ciudad, fué á casa de un hábil tornero en madera y en metal, llamado Conrado Saspach, que vivía en el barrio Mercier, á fin de rogarle que la ejecutara en grande. Recomendó el secreto al obrero, diciéndole solamente que era una máquina, con ayuda de la cual se proponía hacer obras de primer orden de arte y de mecánica cuyos prodigios conocería mas tarde.

El tornero, tornando, volviendo y revolviendo el modelo en sus manos, con la sonrisa desdeñosa de un artesano consumado á la vista de una obra poco acabada, le dijo con aire un poco burlon:

—Pero ¿es simplemente una prensa lo que me pedís, señor Juan?

—Si, respondió Gutenberg con un tono grave y exaltado; en efecto, es una prensa de donde saldrá bien pronto á chorros el mas abundante y mas maravilloso licor que jamás ha corrido para desalterar á los hombres. Por

él, Dios propagará su Verbo; por ella correrá un manantial de pura verdad: como un nuevo astro, disipará las tinieblas de la ignorancia, y hará lucir sobre los hombres una luz desconocida hasta ahora.

Y se retiró. El tornero que no comprendía ninguna de estas palabras, ejecutó la máquina y la llevó al monasterio de Arbogasto.

Esta fué la primera prensa.

Al ponerla en manos de Gutenberg, el tornero comenzó á dudar, y pensósi existiría allí algun misterio.

—Veo bien, señor Juan, dijo á Gutenberg, que estais realmente en comercio con los espíritus celestes; así, desde ahora yo os obedeceré como á un espíritu.

XV.

Al momento que se vió en posesion de su prensa, Gutenberg comenzó á imprimir. Se sabe poco acerca de los primeros libros que salieron de su prensa, pero el carácter profundamente religioso del inventor, no deja duda sobre la naturaleza de las obras á que debió consagrar las primicias del arte. Se cree que fueron libros sagrados. El arte inventado por Dios y por la inspiracion de Dios, comenzó por Dios. Las impresiones posteriores de Maguncia lo atestiguan: los divinos cantos de los *Salmos* y la célebre *Biblia* latina, fueron en Maguncia las primeras páginas que cayeron de la máquina inventada por Gutenberg, y aplicada al uso de las mas piadosas facultades humanas, el entusiasmo lírico por su creador y el gemido terrestre sobre sus destinos. La alabanza y el rezo fueron, en las manos de este hombre piadoso y desgraciado, los dos primeros gritos de la prensa; de ello debe siempre glorificarse.

Faltan pormenores, hasta en Estrasburgo y Maguncia, á donde hemos acudido, acerca de estas primeras impresiones auténticas, porque ora por humildad, ora por orgullo, Gutenberg no hizo poner su nombre en ninguna de estas obras de tipografía. Unos creen que se abstuvo de firmarlas por un sentimiento de modestia cristiana, que no quería atribuir á un nombre humano una gloria que debía enteramente al divino inspirador de su invencion; otros presumen que no las firmó porque estas impresiones eran una obra industrial y servil á los ojos de la época, que hubiera degradado á su familia y su nobleza, y hecho descender de su rango en la patria.

Solamente sabemos, por un acto de donacion hecho á su hermana Hebel, religiosa del convento de Santa Clara, de Maguncia, que la puso en posesion de los libros piadosos que habia impreso en Estrasburgo, y le hizo la

promesa de enviarle sucesivamente todos los que salieran de su prensa.

Pero bastantes tribulaciones le esperaban al dia siguiente de su triunfo. Ya hemos visto que la necesidad de adquirir fondos para su empresa le habia obligado á admitir asociados; y ahora, la necesidad de admitir auxiliares en los trabajos múltiples de una grande imprenta, le habia obligado á poner á estos asociados y á un gran número de artesanos en la confianza de su obra y hasta en el secreto de sus procedimientos. Sus asociados, cansados de suministrar fondos á una empresa, que falta de consumo, no les remuneraba todavía, se negaron á proseguir una obra ingrata. Gutenberg les suplicó que no abandonasen un momento una empresa por medio de la cual tocaban ya al limite de la fortuna y de la gloria. No consintieron en suministrarle nuevos subsidios, sino á condicion de entrar en participacion completa de todos estos misterios, de todos sus beneficios, de toda su propiedad y de toda su gloria.

Para el éxito de la obra, les vendió su fama. El nombre de Gutenberg desapareció: la asociacion absorbió al inventor, y bien pronto no fué mas que uno de los artesanos de su propio taller. De este modo Cristóbal Colón volvió encadenado en su propia nave por su tripulacion á quien habia entregado un nuevo mundo.

XVI.

Esto era poco todavía, los herederos de uno de sus asociados intentaron un proceso para disputarle la invencion, la propiedad y la explotacion de la obra. Le llevaron delante de los jueces de Estrasburgo para que le condenasen, no se sabe á que espoliacion mas auténtica y mas jurídica que la espoliacion voluntaria á que él mismo se habia condenado. Su perplejidad delante del tribunal fué estremada. Para justificarse le era preciso entrar en pormenores técnicos de su arte, que no quería divulgar completamente, reservándose al menos el misterio de sus esperanzas. Los jueces curiosos, le acosaban con preguntas insidiosas, para que por las respuestas revelase el secreto de todos sus procedimientos; pero él las eludía, prefiriendo la condena á la vulgarizacion de su arte. Los jueces para alcanzar el descubrimiento que preocupaba la imaginacion del pueblo, citaron á sus obreros mas allegados y les obligaron á dar testimonio de lo que sabian. Estos hombres sencillos, pero fieles y profundamente unidos á Gutenberg, se negaron á la revelacion; la propiedad de su maestro quedó mas segura en sus corazones que en los de sus ávidos asociados. Nada se supo acerca de los últimos misterios del arte

Gutenberg arruinado, condenado, y acaso espulsado, se retiró solo é indigente á Maguncia, su patria, para empezar allí nuevamente sus trabajos y para reconstruir su vida y su gloria.

Todavía era jóven, y el ruido de su proceso en Estrasburgo habia popularizado su fama en Alemania; pero volvía á entrar artesano en una patria de donde habia salido caballero. La humillacion, la indigencia y la gloria, luchaban con su destino y con las miradas de sus conciudadanos. Solo el amor le reconoció por lo que habia sido y por lo que debia ser algun dia.

XVII.

He aqui lo que dicen respecto al asunto las tradiciones locales, y lo que atestiguan dos monumentos auténticos de los archivos de la catedral de Estrasburgo del año 1437: uno prueba que la señora *Ana de la Puerta de Hierro*, esposa de Gutenberg, hizo un donativo á la catedral para adquirir el derecho de inscribir su nombre en la lista de los bienhechores, y asegurar de este modo ruegos sagrados para ella y sus descendientes; el otro hace mencion de su fallecimiento.

Gutenberg, proscripto por segunda vez por los plebeyos vencedores de la nobleza, fué amado por una jóven, noble como él, de la ciudad de Estrasburgo; se llamaba *Ana de la Puerta de Hierro*, nombre de su casa, sin duda originario de la posesion de algun castillo feudal de las bocas de Rhin. El tambien la amaba con la pasion ardiente, grave y caballeresca de aquellos tiempos de fidelidad. Se habian prometido mutuamente y por escrito palabra de casamiento. *Ana de la Puerta de Hierro* no se creyó emancipada de su fé dada, por la pobreza y por las desgracias de su amante; le guardaba su juventud, su belleza y su corazon. Gutenberg por su parte, á su regreso al territorio de Maguncia debia reclamar la fé de su futura, y retirar la prenda de su propia fé que así le habia jurado; no lo hizo. Sea que temiese llevar á Ana, jóven, noble y honrada, á la humillacion y á la indigencia en que se encontraba, sea que el sentimiento de haber rebajado por sus trabajos de artesano la ilustracion feudal de su raza, le hiciese indigno desde entonces á sus ojos, de aspirar á una sangre noble, Gutenberg no reivindicó la fé prometida y no ofreció desprender la suya; esperaba la rehabilitacion y mejores dias para dividirlo todo con la que amaba. Su humildad y sus escrúpulos se resistieron á las mas tiernas instancias de su futura, y no pudieron ser vencidas mas que por una decision jurídica hecha delante de la oficialidad de Estrasburgo, que le

obligó á que sostuviera la promesa de casamiento que habia jurado en otro tiempo.

Esta decision en favor de *Ana de la Puerta de Hierro* y en contra de su amante, existe aun como el único momento auténtico de su casamiento. Gutenberg cedió al fin á esta generosa violencia del amor, y se casó con Ana; sus hijos no vivieron.

La herencia y el heredero de los hombres grandes es su invencion y el género humano.

Despues de la decision de los jueces del proceso, en 1439, que dejaba á Gutenberg dueño de su secreto, condenándole únicamente á dar una indemnizacion á los herederos de Andrés Dritzehen, abandonó los claustros del monasterio de San Arbogasto y volvió á entrar en la ciudad de Estrasburgo; habitó entonces la casa de *Thiergasten*, y estableció allí su primera imprenta.

Tal vez sea curioso observar que el recinto de esta casa es hoy el del Liceo, como si este lugar hubiera sido designado de antemano para un gran fin, y que despues de haber fijado la ciencia por medio de la tipografía, hubiese sido destinado á propagarla por la enseñanza.

Cuando Gutenberg se vió obligado á abandonar á Estrasburgo en 1446, dejó allí las tradiciones de su arte á los colaboradores y á los obreros iniciados en su descubrimiento y en sus procedimientos; y vemos á Mentel ó Melin, escribano público, y á de Eckstein, canónigo de la catedral de Estrasburgo, que con el auxilio de los fondos suministrados por el convento de los cartujos, y sin haber trabajado en este arte tan poco conocido entonces, se establecen tipógrafos y proceden con la mas grande celebridad á imprimir y á dar á luz una *Biblia alemana*. Otras muchas obras aparecen sucesivamente, firmadas con la imprenta de Mentel que hizo una fortuna rápida, mientras que el desgraciado Gutenberg, echado por la miseria, volvía á entrar fugitivo en Maguncia.

La fortuna que habia acrecentado la influencia de Mentel, y la rivalidad que sufría entre las ciudades independientes de Maguncia y Estrasburgo, favorecieron sus deseos ambiciosos de sustituir su nombre al de Gutenberg. Tuvo un éxito tan completo, que á los pocos años Gutenberg fué olvidado, ó voluntariamente separado, y Mentel proclamado en Estrasburgo inventor del arte divino y de las fiestas instituidas en su honor.

XVIII.

De vuelta á Maguncia, y relevado de la humillacion y de la ruina por la mano de una muger amada, como Mahoma por su primera esposa, Gutenberg se entregó enteramente á su arte, se asoció con *Fausto y Scheffer*, yerno

de Fausto, estableció sus talleres en Maguncia, y publicó, siempre bajo el nombre de sus asociados, Biblias y otros libros religiosos de una admirable pureza de carácter.

Scheffer había ejercido largo tiempo el oficio de calígrafo, y hecho el comercio de los manuscritos en París. Sus viajes y sus tratos con los artistas de aquella ciudad le habían dado á conocer procedimientos mecánicos para el empleo de los metales que aplicados por él á la imprenta, á su regreso á Maguncia le suministró nuevos medios de fundir en plomo las letras móviles en matrices de cobre con mas precisión, y á dar así una limpieza perfecta á los caracteres. Con este nuevo procedimiento fué impreso un *Salterio* en 1457, el primer libro que lleva su fecha. Poco después la *Biblia de Maguncia*, reconocida obra maestra del arte, fué ejecutada bajo la dirección de Gutenberg, con caracteres fundidos por el procedimiento de Pedro Scheffer.

El progreso del nuevo arte, que empezaba vulgarizando libros sagrados bajo los auspicios de la iglesia, pasó á los pocos años á la corte de Roma; vió auxiliares allí donde debía bien pronto tener agresores.

«En el número de los beneficios que podeis consagrar á Dios bajo vuestro pontificado, dice una dedicatória del tiempo de Paulo II, soberano pontífice, está esta invención que permite á los mas pobres comprar bibliotecas á un precio ínfimo. ¿No es infinitamente glorioso para vuestra Santidad, que volúmenes que costaban en otro tiempo *cien piezas de oro*, no cuesten hoy mas que cuatro, y aun menos, y que los frutos del genio, presa de los gusanos y del polvo donde estaban sepultados, comienzan bajo vuestro reinado á resucitar y á propagarse con profusión sobre la tierra?»

Pronto la ciudad de Venecia prestó sus prensas á las controversias religiosas, y las obras de *Juan Hus* fueron impresas en lengua eslava desde 1490, veinte años después de la muerte de Gutenberg.

Pero ya la Francia en 1480 había alentado las imprentas alemanas para que se fijaran en París. Luis XI sobre todo se señaló por la acogida ilustrada que prestó á la tipografía, y por los generosos donativos que concedió á este nuevo arte.

Intentóse una acusación en París contra Fausto, por haber vendido Biblias impresas, adornadas de viñetas, como manuscritos, á precios exorbitantes, y existe una certificación firmada por él en París en 1468, de un ejemplar de una obra de Santo Tomás de Aquino, vendido al enorme precio de quince escudos de oro. El parlamento de París, bajo la inspiración de Luis XI, descargó á Fausto de toda acusación, en atención á que estos libros eran el producto de una nueva invención desconocida todavía en París.

El rey hasta desistió de su derecho en ocasión de la muerte de Herman Statters, que ven-

dió en París los libros impresos por Scheffer, los cuales eran, según la ley de aquella época, propiedad de la corona por el fallecimiento de un extranjero: «En consideración, dice el decreto, á la utilidad que viene y puede venir á la cosa pública del arte de la imprenta, tanto para el aumento de la ciencia como de otras cosas, etc., etc., nos hemos condescendido liberalmente en que se restituya la cantidad de 2 428 escudos y 3 sueldos torqueses á los herederos, etc.»

Las obras de *Ciceron* fueron el primer libro impreso después de los libros sagrados, y hasta poco antes de Leon X, es decir, un siglo después de la invención de Gutenberg, no se pensó en reglamentar y en encadenar la imprenta.

XIX.

Sin embargo, el banquero Fausto y el artesano Scheffer, los dos nuevos colaboradores de Gutenberg, no tardaron en sucumbir, como Mentel ó Metelin en Estrasburgo, á la tentación de apropiarse insensiblemente su gloria, la mas tentadora de las propiedades, porque es la mas inmortal. Esperaron como otros muchos engañar el porvenir, ya que no engañaran á sus contemporáneos. Después de haber reconocido en la primera epístola dedicatória de Tito Livio, traducida al alemán é impresa por Juan Scheffer, y ofrecida al emperador Maximiliano, «que el arte de la imprenta fué inventado en Maguncia por el sublime mecánico Juan de Gutenberg,» olvidan esta primera confesión, y usurpan siete años después todo el mérito y todo el honor del descubrimiento.

El emperador Maximiliano, poco tiempo después, asimilando á los impresores y á los compositores á una especie de sacerdocio del entendimiento, los relevó de toda derogación á su nobleza por su noble oficio. Ennoblecíó en masa el arte y los artistas, y los autorizó á poder llevar trages bordados de oro y plata, derecho esclusivo para los nobles; los dió por armas un águila con las alas extendidas sobre el globo, símbolo del vuelo y de la conquista de la palabra escrita sobre el universo.

XX.

Pero Gutenberg no existía ya sobre la tierra para gozar en ella de esta posesión del mundo intelectual, religioso y político, que había entrevisto solamente como Moisés, en sus ensueños del monasterio de San Arbogasto. Despojado por sus colaboradores de su propiedad y

de su gloria, espulsado últimamente de su patria por la miseria, únicamente consolado y seguido por su muger, fiel á todas sus vicisitudes, privado por la muerte de sus hijos, ya viejo, y bien pronto sin familia por la muerte de su esposa, fué recogido por el elector de Nassau, el generoso Adolfo. El elector le nombró su consejero de Estado y su chambelán, á fin de gozar en una honrosa familiaridad de la conversación de este maravilloso genio que debía conversar mas tarde con todos los lugares y todos los tiempos. Este asilo dado á Gutenberg ilustra para siempre á Nassau y á su príncipe.

Gutenberg continuó imprimiendo con sus propias manos en Nassau, en presencia del elector, su Merenas, durante algunos años de serenidad y de paz; después murió á los sesenta y nueve años, no dejando á su hermana ninguna herencia, y dejando al mundo el imperio del entendimiento humano descubierto y conquistado por un artesano.

«Yo lego, dijo en su testamento, á mi hermana, todos los libros impresos por mí en el monasterio de San Arbogasto.» ¡Pobre inventor, que no tenía que legar á la que le sobrevivía mas que la riqueza de casi todos los inventores como él, su juventud consumida, su vida perseguida, su nombre desconocido, sus dolores, sus insomnios y el olvido de sus contemporáneos!

XXI.

Así vivió y murió este grande hombre; pero su arte no moría con él. La imprenta se propagó después de su muerte con la instantaneidad de una explosión; hubo en poco tiempo prensas en todas las capitales de Europa. De aquí data la civilización renaciente é indefinida. La Francia, bajo Luis XI, la Inglaterra, la Holanda, la Alemania, Venecia, Génova, Roma, Polonia, se apoderaron de la invención para multiplicar sus libros sagrados y profanos.

El Oriente conoció este nuevo arte por los judíos refugiados en Constantinopla, que imprimieron tratados de literatura rabinica en 1500. Pero los musulmanes no hicieron uso de la imprenta hasta el siglo XVIII.

En fin, la Rusia, bajo la inspección del metropolitano, estableció una prensa en Moscov en 1580, con la ayuda de los obreros venidos de Magacburgo.

XXII.

Parece que todos los progresos de la humanidad deben comprarse con lágrimas; que

el sufrimiento sea la ley fatal de toda grande iniciación. La imprenta había tenido sus apóstoles; ella tuvo también sus mártires. De todos ellos, Estéban Dolet fué el mas ilustre, por el brillo de su talento, por la pureza de su vida, y por la actividad de su suplicio. Nació en Lion en 1509, en el momento del renacimiento intelectual y literario, en el que las controversias religiosas iban también á comenzar sus primeras luchas; era sabio como Guillaume Budé, poeta como Marot, y acaso también filósofo como Rabelais, sin mezclar por eso en su filosofía el licencioso escepticismo del cura de Meudon. Lo que puede creerse es, que este hombre ardiente y fogoso, que no comerciaba con sus opiniones, que había tomado por armas parlantes, y por símbolo de la acción de la imprenta, una hacha ó *doldera* atacando un árbol nudoso, protestaba contra las doctrinas de Lutero, aunque se le haya condenado como ateo. Este es, según parece, el razonamiento y el hombre que sus adversarios querían destruir mas bien que las creencias.

En estos tiempos de pasiones y de costumbres violentas, la vida de aquellos que consagraban sus fuerzas al desarrollo de la inteligencia humana, era un prolongado duelo en el cual, tarde ó temprano era preciso sucumbir. Sucesivamente estudiante en París, después en Pádua, secretario de Juan de Lanzeac, embajador del rey de Francia en Venecia, estudiante de derecho de la facultad de Tolosa, Estéban Dolet no tenía aun veinte y cuatro años cuando ya, por último argumento de sus discusiones, sus enemigos le sumian en un oscuro calabozo. La intercesión de Juan Pinus, obispo de Rieux, le sacó de él bien pronto; pero entonces, asesinatos pagados cometían empresas acerca de su vida; y como á pesar de sus peligros, el intrépido jóven no dejaba á Tolosa, intervino una sentencia del parlamento que le desterró (1533).

Dolet volvió entonces á Lion, donde obtuvo, después de muchos esfuerzos (1535), un privilegio para imprimir sus *Comentarios sobre la lengua latina*, obra de inmensa erudición que le pone al nivel de los Bembo, de los Escaligero, y de Erasmo, y le produjo un lugar brillante en el gran torneo que se abrió por este tiempo en el mundo literario, con motivo de Ciceron. Vemos que se turban estos bellos estudios por una nueva tentativa de asesinato sobre Dolet, quien mató valerosamente á su agresor. Pero ya era esto al menos un pretexto á las animosidades que querían su pérdida, y le encarcelaron como asesino. No fué necesario para hacerle salir de su prisión, nada menos que la intercesión de Francisco I, interesado por Dolet, primero por su talento, y según parece también, por la protección de la reina de Navarra. La munificencia real dió entonces al sabio perseguido la licencia de impresor mas estensa que se concedía entonces, como para que le sirviese de indemnización

legítima á sus sufrimientos inmerecidos (1537).

De las prensas de Dolet salieron sucesivamente, desde esta época, las obras de Marot y de Rabelais; publicaba igualmente todos los años sus propias obras y algunos de los libros más ilustres de la antigüedad. Nuevas persecuciones vinieron en 1542 á interrumpir sus trabajos; vagas acusaciones de heregía le hicieron detener quince meses en la Conserjería de París.

Francisco I no era ya joven, y decaía en la gloriosa protección que daba á las letras. Un bello libro, una obra de arte, no bastaba ya para proteger un artista contra sus consejeros fanáticos. Roberto Estéban y Marot habían dejado la Francia. Seguro de su conciencia, Dolet no quiso imitarlos. En vano el parlamento de París mandaba quemar sus libros, despues de haber sido obligado á renegar. No desertaba de la lucha, y el escritor vengaba al libre-ro. Habiendo vuelto á Lion, publicó poemas sobre su cantiverio y una traducción de los *Diálogos* de Platon. Esta energía iba últimamente á serle fatal. En 1544 fué nuevamente aprisionado, y desconfiando esta vez de la parcialidad de sus jueces, logró fugarse y se escapó al Piamonte; pero bien pronto su amor al arte le tiende un lazo donde debía caer. Escribió al rey epístolas en verso para implorar una protección que le había salvado en otro tiempo; no pudo resolverse á no vigilar el mismo la impresión, y volvió á entrar secretamente en Lion; pero sus enemigos acechaban su presa. Detenido, puesto delante de la facultad de teología de París, se vió condenado como *ateo relapso* por pasajes de sus libros, que protestó por tres veces no haber escrito nunca.

Dolet fué puesto en la tortura para enseñar á sus compañeros, como dice la sentencia que le condena, despues fué ahorcado y quemado en la plaza de Maubert; su cuerpo y sus libros convertidos en ceniza, y sus bienes confiscados. Dolet, á los treinta y siete años, murió tan intrépidamente como había vivido, dejando casi en la indignencia á una esposa y á un hijo.

XXIII.

Pero el impulso estaba dado, y todas estas persecuciones no podían más que ilustrar la nueva invención sin detenerla una hora. Los mismos soberanos tuvieron á gloria grabar é imprimir con sus propias manos las obras de la antigüedad encontradas, como si esta participación manual á la vulgarización de las obras maestras del genio, los hiciera participes del genio mismo. El pensamiento llegó á ser rey, y reinó sobre los reyes. María de Médicis, esposa de Enrique IV, dibujaba é imprimía es-

tampas para las ediciones reales. Una figura que representaba á una joven, grabada con su propia mano, fué dada por esta reina á Felipe de Champagne. Luis XV en su juventud, hacia de este bello arte una curiosidad instructiva, é imprimía en su propio palacio un tratado de geografía europea. Los grandes impresores de los siglos que sobrevinieron al de Gutenberg, fueron á un mismo tiempo, artistas, sabios y escritores. Exhumaron la antigüedad entera, y exhumando sus obras maestras, las comentaron, las explicaron y las interpretaron al mundo nuevo. La historia renació con la imprenta.

Hubo desde Gutenberg, hasta nuestros días, escuelas, tradiciones y generaciones de impresores célebres, como había habido escuelas de pintores, escultores y filósofos. Los tipógrafos, honrados hasta con el título de *compositores*, participaron de la gloria que sus ediciones de los autores griegos y latinos restituían á los poetas, á los oradores y á los historiadores del antiguo mundo; formaron parte, por decirlo así, de la familia de estos hombres de genio; llegaron á ser poderosos, honrados, temidos, recompensados ó perseguidos por los gobiernos, según que estos gobiernos eran más ó menos hijos de la luz ó de las tinieblas. Las impresiones de los *Alde*, de los *Morel*, de los *Turnebe*, de los *Elzevirs*, naturalizaron aquellos nombres célebres de la tipografía en el universo sabio, por la limpieza de los caracteres, por la corrección de los textos y por el número de las obras dadas á las bibliotecas.

La familia de los Estéban, en París, ocupó durante siglo y medio la cima del arte. Protegidos por los reyes, y especialmente por Francisco I, perseguidos por la universidad, guarda tan celosa de sus ignorancias como de sus verdades, aprisionados por la Iglesia por una edición de la Biblia acusada de errores, refugiados en Ginebra, aprisionados de nuevo en esta metrópoli del calvinismo por impresiones que herían la reforma, llamados á Francia, desterrados de nuevo, trasladando sus prensas de Ginebra á París, de París á Ginebra, la historia de esta familia de impresores, dice Mr. Didot, sería la del espíritu humano durante el renacimiento.

Pero durante estos cinco siglos, los procedimientos y las máquinas no hacen progresar menos á la imprenta que las ciencias á las letras. El arte tiene en los *Bodoni* en Parma, y en los *Didot* en París, sus Fidas que esculpen, por decirlo así, para los ojos, la forma material del pensamiento en caracteres y en ornamentos de lujo. Uno de los *Didot* inventa, en 1753, la prensa de un solo golpe; otro canta en un poema los progresos de su arte, é imprime él mismo su propio canto. Otro trae de Inglaterra la prensa en metal de lord *Stanhope* y la prensa cilíndrica, especie de principio perpétuo de los caracteres, que echa la pala-

bra escrita á torrentes, como una lava del entendimiento humano, para los periódicos y para los tribunales. Otro, en fin, Mr. Ambrosio Fermin Didot, escribe é imprime en nuestros días bajo el modesto título de *Ensayo sobre la tipografía*, la historia más erudita y más completa del arte, de la que es al mismo tiempo el maestro y el historiador.

La instrucción elemental de las masas da consumidores sin límites á la palabra impresa; los caminos de hierro le abre vías, el vapor le presta alas, el telégrafo visual le da signos; en fin, la invención reciente del telégrafo eléctrico, le comunica la instantaneidad del rayo. Mas realmente, que en el verso célebre sobre Franklin, «*Eripuit celo fulmentum*» dentro de algunos años, una palabra pronunciada y reproducida sobre un punto cualquiera del globo, podrá iluminar el universo. La palabra,

por el procedimiento perfeccionado de Gutenberg, vendrá á ser por la materia, tan inmaterial, como cuando solo era pensamiento; pero este pensamiento será universal. La imaginación se turba delante de las consecuencias futuras de estas invenciones, y delante de este reinado próximo de la idea por la palabra, Gutenberg ha espiritualizado al mundo.

Mucho tiempo su nombre ha sido desconocido; mucho tiempo se le ha disputado su gloria; pero es necesario recordar que la vida humana no era su objeto; estaba á mayor altura; ¡él la goce! El nombre del inventor se pierde, pero el beneficio se encuentra en sus consecuencias, en el fondo oculto de las cosas humanas. ¿Qué importan el olvido y la ingratitud de los hombres, si el Juez supremo es reconocido?

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA